Éric Vuillard

LA GUERRA DE LOS POBRES



Año 1524: los campesinos se sublevan en el sur de Alemania. El levantamiento se extiende, gana rápidamente adeptos en Suiza y Alsacia. En medio del caos destaca una figura, la de un teólogo, un joven que lucha junto a los insurgentes. Se llama Thomas Müntzer. Su vida es terrible y novelesca. Pese a su trágico final, similar al de sus seguidores, fue una vida que merecía vivirse, y merecía, por tanto, que alguien la contara. Nadie mejor que el premio Goncourt Éric Vuillard para seguir los pasos de ese predicador que simplemente quería justicia. También para retratar a otros personajes que, como John Wyclif o John Ball en la Inglaterra de dos siglos antes, o Jan Hus, abrieron una brecha y, esgrimiendo la Biblia —traducida ya a las lenguas vulgares, y cuyo mensaje llega a todos—, se alzaron contra los privilegiados.

El espíritu que animó a aquellos valientes interpela incisivamente la realidad de nuestros días: hoy como ayer, los desheredados, aquellos a los que antaño se les prometía la igualdad en el Cielo, se preguntan: ¿y por qué no conseguir la igualdad ahora, ya, en la Tierra?

Éric Vuillard

La guerra de los pobres

ePub r1.0
Titivillus 28.03.2021

Título original: *La guerre des pauvres*
Éric Vuillard, 2019
Traducción: Javier Albiñana Serain
Ilustración de cubierta: *No harás nada con clamar* (Álbum E, 39, c. 1814-1817), pincel con aguada gris y negra, de Francisco de Goya

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Historia de Thomas Müntzer

A su padre lo habían ahorcado. Había caído al vacío como un saco de grano. Tuvieron que cargarlo a hombros por la noche, y después enmudeció, la boca llena de tierra. Entonces todo ardió. Los robles, los prados, los ríos, los galios de los taludes, la tierra pobre, la iglesia, todo. Él tenía once años.

A los quince años de edad, había fundado una liga secreta contra el arzobispo de Magdeburgo y la Iglesia de Roma. Leía las *Epístolas* de san Clemente, el *Martirio de Policarpo*, los *Fragmentos* de Papías. Él y algunos camaradas cantaban las maravillas de Dios, atravesaban el Jordán en batín y, trazando con tiza en el suelo el círculo cósmico, signo de unión, se tumbaban dentro por turnos, y estiraban los brazos en cruz para que descendiese el Cielo en la Tierra. Y entonces él se acordaba del cadáver de su padre, de su lengua enorme como una palabra que se hubiese secado. «Me sentía lleno de gozo, pero solo nos unimos a Dios con terribles dolores y desespero». Eso creía él.

Cuentan que, en Stolberg, un tal Barthol Munzer había sido viñador; se habla también de otro tal Monczer Berld y de un Monczers Merth, pero nada se sabe de ellos. Está también Thomas Miinzer, muerto en una trifulca en una taberna. No se sabe si le habían sacudido un mamporro o le habían roto la crisma, tampoco se sabe si fue o no pariente del otro Thomas Müntzer, aquel cuyo padre, hacia 1500, por motivos desconocidos, fue ejecutado por orden del conde de Stolberg, unos dicen que ahorcado, otros que en la hoguera.

*

Cincuenta años antes, una pasta ardiente había fluido desde Maguncia hasta el resto de Europa, había fluido entre las colinas de cada ciudad, entre las letras de cada nombre, en los canalones, en los recovecos de cada pensamiento, y cada letra, cada pedazo de idea, cada signo de puntuación, había quedado apresado en un trocito de metal. Esos trocitos los habían repartido en un cajón de madera. Las manos habían elegido uno, luego otro, y habían compuesto palabras, líneas, páginas. Los habían mojado con tinta y una fuerza prodigiosa había presionado lentamente las letras sobre el papel. Repitieron la operación decenas y decenas de veces, antes de doblar las hojas en cuatro, en ocho, en dieciséis. Las fueron colocando las unas a continuación de las otras, las

pegaron entre sí, las cosieron, las envolvieron en cuero. De ese modo se formó un libro. La Biblia.

Así, en tres años, confeccionaron más de ciento ochenta ejemplares, cuando un solo monje no habría copiado más que una. Y los libros se multiplicaron como los gusanos en un cadáver.

Con lo cual, el pequeño Thomas Müntzer podía leer la Biblia, creció con Ezequiel, Oseas y Daniel, pero era el Ezequiel de Gutenberg, el Oseas de Gutenberg y su Daniel; y tras abrir la cancela podrida y desvencijada que rascaba el suelo, permanecía largo rato abajo, en la vieja cocina, frotándose los ojos. No sabía lo que veía ni lo que debía ver. Estaba solo como un ladrón, y era inocente.

Pasó el tiempo; vivió con su madre, sin duda en la estrechez. Padecía del corazón. Bajo los robles, los abetos, en la tierra pobre del Harz, mientras corría tras los cerdos con otros críos, tenía que detenerse, atontado de pronto, y rompía a llorar. Sí, me lo imagino al borde de un río de guijarros negros, el Wupper o el Krebsbach, eso poco importa, o en las laderas de pequeñas lomas tristes, de caos rocosos, colinas erosionadas, míseras turberas, en el valle del Bode o del Oker, asfixiándose en medio de una mezcla de amargura y amor.

Finalmente, cursó estudios, en Leipzig, luego se hizo cura en Halberstadt, en Brunswick, después preboste aquí y allá, hasta que, tras sufrir numerosas tribulaciones entre la horda de los partidarios de Lutero, salió de su agujero, en 1520, cuando fue nombrado predicador en Zwickau.

Zwickau

Más allá de las fronteras de Sajonia, Zwickau es poco conocida. Es un simple villorrio. *Zwicker* quiere decir quevedos, *Zwickel*, bolsillo de chaleco, *Zwiebel*, cebolla, y *zwiebeln*, atormentar, vejar. Pero Zwickau no quiere decir nada, o bien significa mondaduras, fulanos, buenos negocios, sí, eso quiere decir Zwickau: fulanos y buenos negocios. Porque en Zwickau se teje, se teje muchísimo, se teje para todo el mundo, para la gente de Frankfurt y de Dresde; incluso en París se cuenta que antaño algunos dormían en sábanas de Zwickau. Y también se excava en la tierra, se explotan minas. Y así, inmediatamente después de los Welser y los Fugger, vienen los burgueses de Zwickau.

Los burgueses oyeron predicar a Müntzer, en la iglesia de Santa María; pero, al regresar Egranus, a quien había sustituido, nombraron a Müntzer predicador en la iglesia de Santa Catalina, parroquia de los tejedores y de los mineros. Allí, Müntzer debió de codearse con el grupo de los profetas de Zwickau: Storch, Stübner, Drechsel. Aquellas tres sombras se agitaban con todas sus fuerzas, inmersas en el éxtasis, las visiones y los sueños, pendientes del momento en que Dios les hablaba *directamente*. La gran controversia la suscitaba predicar un bautismo voluntario y consciente. Bueno, es que resulta un tanto anticuada esa idea de bautismo, ese racionalismo de locos furiosos, ese *Aufklärung* del copón. Pero en realidad es una reacción a la corrupción de la Iglesia, a la irracionalidad de la doctrina y de los sacramentos. Porque los locos furiosos de Zwickau no leen a Agustín y a Tomás de Aquino, no, ellos leen a Erasmo y a Nicolás de Cusa, leen a Raimundo Lulio y a Jan Hus, polemizan, argumentan, quieren mantenerse desnudos en la verdad.

Así, la ciudad está dividida en dos. Por un lado, los patricios, en Santa María, por el otro la plebe, en Santa Catalina. La razón y la pureza se la llevarán los pobres; ante ellos comienza a agitarse Müntzer, ahí se aviva la herida. Él habla. Se le escucha. Cita los Evangelios: «No podéis servir a Dios y a las riquezas». Cree que los textos pueden leerse sencillamente, al pie de la letra; cree en una cristiandad auténtica y pura. Cree que todo aparece escrito con pelos y señales en san Pablo, que en los Evangelios se encuentra todo lo que es menester. Eso cree.

Y eso es lo que predicará a los pobres tejedores, a los mineros, a sus mujeres, a todos los menesterosos de Zwickau. Cita el Evangelio añadiendo signos de exclamación. Y le escuchan. Y se remueven las pasiones, porque los tejedores son conscientes de que, si se tira del hilo, detrás irá todo el tapiz, y los mineros, de que, si se excava demasiado, se desmoronará toda la galería. Entonces comienzan a decirse que les han mentido. Desde hacía tiempo los asaltaba una impresión perturbadora, desasosegante, había un montón de cosas que no se entendían. No se entendía por qué Dios, el dios de los mendigos, crucificado entre dos ladrones, necesitaba tanta pompa, por qué sus ministros necesitaban tanto lujo, a veces eso les hacía sentirse incómodos. ¿Por qué el dios de los pobres se situaba tan extrañamente junto a los ricos, con los ricos, sin cesar? ¿Por qué hablaba de abandonarlo todo por boca de quienes se habían apoderado de todo?

Dios y el pueblo hablan el mismo idioma

Müntzer fue expulsado de Zwickau, donde había pasado menos de un año. Se trasladó entonces a Bohemia. Reinaba allí una gran efervescencia. Se acababa de superar el Gran Cisma. Como en casi todas partes, se desataba una herejía tras otra. Una sed de pureza atravesaba el país, enardeciendo a las masas, interrumpiendo brutalmente el viejo discurso. De pronto, la conciencia se introdujo en los hogares. Por las noches, las ranas croaban una verdad innombrable, y ellos iban a nombrarla. El pico del buitre roía la carne de los cadáveres, y ellos lo harían hablar. Por entonces parecía que la Biblia tenía que hacerse por fin accesible a la razón humana. Pero fue antes, en Inglaterra, dos siglos atrás, cuando se dio el gran salto. A John Wyclif se le había ocurrido una idea, ¡oh!, una pequeña idea, una menudencia, pero que había de causar un gran escándalo. A John Wyclif se le ocurrió la idea de que existe una relación directa entre los hombres y Dios. De esa primera idea se desprende, lógicamente, que todo el mundo puede guiarse por sí solo gracias a las Escrituras. Y de esa segunda idea se desprende una tercera: los prelados han dejado de ser necesarios. Consecuencia: la Biblia debe traducirse al inglés. A Wyclif —que, como puede verse, no andaba corto de ideas— se le ocurrieron, además, dos o tres pensamientos terribles: así, propuso que se designara a los papas por sorteo. Ya puestos a discurrir locuras, declaró que la esclavitud es un pecado. Luego afirmó que el clero debía vivir en lo sucesivo conforme a la pobreza evangélica. Por último, para acabar de hacer la puñeta a la gente, repudió la transubstanciación, pues la consideró una aberración mental. Y, como colofón, concibió su más terrible idea, y propugnó la igualdad entre los hombres.

Entonces llueven las bulas. El papa se enfada, y cuando el papa se enfada, llueven las bulas. Traducir la Vulgata al inglés, ¡qué horror! Hoy en día, hasta las más pequeñas instrucciones de uso están en inglés, se habla inglés en todas partes, en las estaciones de tren, en las grandes empresas y en los aeropuertos, el inglés es la lengua de la mercancía, y la mercancía, hoy en día, es Dios. Pero en aquella época toda correspondencia era en latín, el inglés era el lenguaje de los traperos, de la soldadesca. Y ahora a John se le ocurre traducir la Vulgata, el sublime latín de san Jerónimo, al *british*, a esa jerigonza de patanes, y ahora refuta la transubstanciación —¡está loco!— y

envía a provincias a sus discípulos, *pobre gente*, a predicar la doctrina. Ha leído demasiado a Agustín y a Lactancio, ha perdido el juicio. Los *lolardos* propagan sus descabelladas ideas sobre la santa pobreza, rancho igualitarista que los palurdillos de Devon engullen peligrosamente. En sus granjas cochambrosas, en las que revientan de hambre los niños, a ellos les seduce esa relación directa con Dios de la que les hablan, sin mediación de los curas, sin pagar diezmos, sin ese tren de vida de los cardenales; ¡esa pobreza evangélica es su vida!

«¡Déjalo todo y sígueme!», dijo al parecer Cristo; esa orden no tiene fin, exige una humanidad nueva. Enigmática y desnuda. Se mofa de los esplendores del mundo. Una pobreza destruye. Otra exalta. Eso entraña un gran misterio: amar a los pobres supone amar la odiosa pobreza, dejar de despreciarla. Es amar al hombre. Porque el hombre es pobre. Irremediablemente. Somos la miseria, erramos entre el deseo y el asco. En ese instante de la Historia, en el que Wyclif da inicio a lo que iba a ser la Reforma, Dios y el pueblo hablan el mismo idioma.

Por supuesto, Roma condenó a John Wyclif, y, pese a su verbo profundo y sincero, murió aislado. Y más de cuarenta años después de su muerte, condenado por el concilio de Constanza, se exhumó su cadáver, se quemaron sus huesos. Seguían profesándole el odio tenaz.

Porque sus palabras conmocionaron la miseria y sembraron un gran trastorno. Uno de los discípulos de Wyclif se llama John Ball, es un campesino. Se desconoce la fecha de su nacimiento, no se sabe nada de sus padres, casi nada de él. Su rastro se pierde en el torrente de los destinos anodinos. Hacia 1370 comienza a deambular por las campiñas, a lo largo de los verdeantes valles, entre las colinas. Transita de granja en granja, de aldea en aldea; predica contra los poderosos y los ricos, se dirige a los vagabundos, a los rústicos, a los mendigos. Poetiza y siembra sus creencias ilícitas por los caminos: «Si Dios hubiera condenado a determinados hombres a vivir en la servidumbre y a otros a vivir libres, sin duda los habría designado», clama, vagando de acá para allá. Deambula; y los goznes de los viejos pensamientos se quiebran en la puerta de entrada; y tris, bajo las guirnaldas de acebo, y tras, en el vaho de la mañana, la sombra absorbida por la sombra, sobre el estrado emporcado. Predica a los hombres de treinta y seis oficios, a las míseras amas de cría, a los chiquillos, con estremecimiento. Su lenguaje está plagado de proverbios sencillos, de moral común. John Ball sabe que ese lenguaje suyo se halla

desde siempre en el espesor de los arbustos, en la igualdad de las almas; se da perfecta cuenta de que ese lenguaje advierte, de que ese lenguaje decreta. Lo apodan el ardiente prior de las palideces; pero infunde miedo.

En 1380, el Parlamento vota una nueva *poll tax*, y he aquí que bruscamente los campesinos se sublevan. La revuelta comienza en Brentwood; se cortan los caminos y se incendian los castillos. A continuación se propaga a Kent, Norfolk y Sussex. Y John Ball fulmina, predica la igualdad humana. Las posadas se llenan de peregrinos y locos. En Colchester, entre los fardos de lana y las ristras de cebollas, se habla; en el Anglia Oriental, se habla; por doquier cunden las protestas por la *poll tax*, y se ponen en tela de juicio las jerarquías. Los nobles huyen. Los soldados desertan. Las calles de los pueblos están atestadas de despojos, de carretas volcadas, de sacos de tierra. El poder está inquieto. El duque de Lancaster da órdenes: hay que arrestar a John Ball. En el mes de mayo se logra prender al prior y se le encarcela en Maidstone.

Otro hombre despierta entonces. No muy lejos, en Kent, un exsoldado que había servido en Francia ha reanudado su labor de campesino. Una mañana, el recaudador se presenta a cobrar el impuesto; Wat Tyler no está, ha ido a cortar leña al bosque. Abre la puerta su hija, y el hombre entra en la casa. Reclama la contribución, pero la muchacha no puede pagar, apenas les llega para vivir. El recaudador le arranca el vestido, la arroja a un camastro y se cobra. La chica tiene quince años. Es bonita. Ella en sí es el valor. Pero la progenitura de los pobres no vale nada. Sus labios están ahora azulados; tiene frío, se tambalea en el pequeño sendero flanqueado de zarzamoras; su padre la ve de lejos. Enormes masas de nubes rozan las copas de los árboles. Se estremece la piel del ciervo. Wat Tyler lleva a su hija a casa, la porta en brazos como un cadáver. Se la confía a sus vecinos, y corre, corre por la colina, quiere alcanzar al recaudador atajando por el bosque. Llega al camino y se acuclilla, sin aliento. Se pregunta si el hombre habrá pasado ya, pero no bien se lo pregunta oye el martilleo de un galope. Oye a la alondra quejumbrosa, siente que le corre una lágrima fría. Llega el jinete, Wat Tyler se arroja al camino, alza el brazo ¡y golpea! El martillo quiebra el cráneo. El jinete cae, el caballo gime y se aparta con un corcovo. ¡Zas! Otro golpe, en la espalda, en el fulgor árido del día. Espina dorsal rota. El hombre ya no es más que carne muerta.

Entonces los campesinos de Kent se sublevan a su vez. Wat Tyler se pone a la cabeza del grupo y juntos se encaminan hacia Maidstone. Allí, no se sabe muy bien qué ocurrió. Se supone que a la llegada de los insurrectos el

arzobispo de Canterbury liberó a John Ball para apaciguar a la multitud. Pero apenas es liberado, John Ball arrastra a sus partidarios al palacio del arzobispo y lo saquean. Luego se dirigen hacia Lambeth. En el trayecto, capturan al arzobispo y se lanzan al asalto de la Torre de Londres. La lluvia inunda los semblantes. Los campesinos caminan en desorden, y son numerosos, más de cien mil; vienen de todas partes, se juntan multitudes miserables. Un perro corre al sol, una mujer enloquece y besa a todo el mundo, un bruto mata a su amo, el agua bendita abrasa la cara de un niño. En Londres cunde el pánico. El rey no sabe qué hacer. Burgueses y nobles deambulan como sombras por los pasillos. La gente cuchichea, grita. En su camino los pobres derriban las puertas de las cárceles, liberan a los presos, salen hombres de los agujeros, los ojos cerrados, incapaces de ver. Ancianos, fantasmas. La gente los abraza, les da de comer y de beber. Mueren; al menos eso cuenta la leyenda.

Airados, los campesinos arrancan a los jueces de sus lechos, los arrastran a la plaza pública y los decapitan. El tiempo es espléndido. La multitud sigue allí, sudorosa, jadeante, nunca se había visto tanta gente. El Támesis resplandece, el agua centellea, los gritos inundan la ciudad, atraviesan los muros. Las gaviotas giran por encima de las cabezas, pero no se las oye. Y Wat Tyler envía hombres a hablar con la multitud, manda prohibir el saqueo so pena de muerte y organiza el campamento. A la caída de la tarde, está lista una comisión; los insurrectos exigen hablar con el rey. ¿El rey? En aquel momento, parece seguir estando por encima de toda igualdad, gran rostro informe, autoridad suprema. Apelan a él. Es el último garante de la justicia en la Tierra, eso es lo que se cree. ¿Ha votado el Parlamento ese maldito impuesto? El rey no lo acepta, él irá a escuchar a su pueblo, irá a asomarse a la verdad. Pero el rey no acude; y los insurrectos penetran en Londres, fraternizan con la población, arengan en las plazas, recorren las calles. Ahora reclaman la abolición de la servidumbre. Se diría que quieren destruir la sociedad.

Las noches se llenan de fiestas, de alcohol y de música, la vida anterior parece disolverse, la autoridad se viene abajo. Atacan el Palacio Savoy, el más prestigioso de Inglaterra, el del duque de Lancaster, tío del rey. Se le acusa de haber apoyado el impuesto. El duque escapa de la multitud, pero el palacio es incendiado. Los muebles y las tapicerías son arrancados y arrojados al Támesis con indescriptible alborozo. Todo queda reducido a cenizas. El rey tiene catorce años; se refugia en la Torre de Londres. Ya no se sabe qué hacer.

A partir de entonces todo se precipita. El 13 de junio, el rey intenta huir. Atraviesa el Támesis en barco, en Greenwich, la multitud le impide atracar.

Al día siguiente escapa a caballo, lo detienen en Mile End. Allí, parlamenta, por fin, lo otorga todo: libertad para los siervos, anulación de las tasas, amnistía general para los rebeldes. Pero eso ya no cuaja. Los rebeldes se abalanzan hacia la Torre de Londres y la asaltan. El arzobispo de Canterbury intenta huir. Lo arrastran de inmediato a la colina cercana a la torre y lo decapitan. Las casitas que jalonan la plaza callan; las ventanas permanecen abiertas, pero todo el mundo guarda silencio. Lo que era inmutable se quiebra. Robert de Hales, el lord ministro del Tesoro, es decapitado a su vez, junto a otros altos personajes. Cada cabeza es colgada en el puente de Londres, por encima de la puerta sur, en lo alto de una pica.

El rey pide entonces una nueva entrevista con Tyler, en Smithfield, donde reitera sus promesas; los rebeldes recelan. Dudan de la sinceridad del monarca. ¿Acaso no intentó escapar en dos ocasiones? Pero el rey les asegura que todas sus reivindicaciones serán atendidas. Luce un sombrerito azul, una túnica dorada y hermosos cabellos largos. El rey es casi un niño. Wat Tyler duda. Sus compañeros quieren obtener garantías. Los barones erguidos junto al rey se muestran hostiles, el ambiente es tenso, los caballos están nerviosos. De pronto, unos provocadores insultan a Tyler e intentan derribarlo. Su caballo hace un extraño corcovo, un soldado empuña una daga y reina la confusión. Un soldado, con la pierna perforada, escupe sangre. Los caballos dan vueltas, echando espumarajos, la gente se atropella. Vuelan piedras. El sol abre los rostros. Pasa una nube. Y de súbito William Walworth, el lord alcalde, hiere a Wat Tyler con la espada. Su pecho está rojo, terriblemente rojo: sus ojos ruedan sobre el tiempo y su caparazón de tortuga. Cae del caballo, se rompe la cadera, la armadura tintinea. Un gran tumulto lo trastorna todo, gritos, pisotones, cae otro jinete, y luego otro. Entonces, un escudero se acerca a Tyler, que está en el suelo, se miran —todos los reyes de la Tierra soplan su aliento de simio al oído del escudero; la eternidad quiere volver a cerrar la esclusa, pero el batiente está abierto—, y el escudero lo remata. Wat Tyler yace en el suelo, destripado. Luego todo se acelera. El rey aparta a los rebeldes y toma la palabra: abraza su causa y les reitera su apoyo; no tienen nada que temer —¡lo jura!—, ¡pero deben dispersarse a toda prisa! El miedo y el desorden hacen el resto. Aquella multitud inmensa, llegada de Londres para combatir, es presa de pronto de una gran e impotente tristeza. No saben ya a quién escuchar, se desbandan. En pequeños grupos, se alejan de Londres, asaltados de temores, recelando de las promesas del rey, sin saber qué hacer.

Un capitán del rey, Robert Knolles, se mantiene al acecho fuera de la ciudad. Con sus hombres, persigue a los rebeldes y los masacra. Y las

represalias no hacen sino comenzar. El propio rey parte hacia Kent al frente de un ejército. Cuadrillas recorren las campiñas y acosan a los hombres ahora dispersos; los cazan como animales, ejecutan sumariamente a decenas de miles de campesinos. El rey revoca todos sus acuerdos. La represión es fría, inexorable, se prolongará casi dos meses. Al final, John Ball será detenido, e inmediatamente ahorcado, descuartizado. No volverá a plantearse la anulación de la *poll tax*, y la servidumbre no se abolirá hasta pasados doscientos años.

Y no obstante, la cosa vuelve a empezar. John Ball y Tyler se reencarnan en Jack Cade. En 1450, redacta una demanda de los municipios pobres de Kent, se hace llamar Juan Pide-Todo. En julio, al frente de una tropa de cinco mil hombres, campesinos, artesanos, soldados degradados, pequeños comerciantes, Jack Cade toma también la Torre de Londres. Se decapita al lord ministro del Tesoro, se decapita al antiguo *sheriff* de Kent y a otros capitostes. Los rebeldes entran de nuevo en Londres y, en esta ocasión, saquean la ciudad. Una noche, Jack Cade busca refugio en un jardín, una sombra avanza, brilla un cuchillo en la oscuridad; el rebelde no es ya más que un cadáver. Pero ahí no acaba la cosa. De inmediato todo se reanuda en Sussex. John y William Merfold llaman a dar muerte a la nobleza y a los curas. Durante el otoño, sus hombres armados con garrotes se reúnen y, en Robertsbridge, impiden al clero que recaude su diezmo, en Eastbourne se sublevan contra el elevado arriendo de las tierras. Rechazan el orden social. A base de milicias, batidas y ahorcamientos, su revuelta será reprimida.

En Bohemia

Y no es este el final de la historia. La cosa no acabó nunca. El corazón volvió a latir en Bohemia; al poco de apagarse el de Wyclif en Inglaterra, un tal Jan Hus tomó el relevo y tradujo su *Trialogus* al checo. Y he aquí que él también se enardece, y en la capilla de Belén, en Praga, predica la reforma de la Iglesia. Todo vuelve a ponerse en marcha; y el papa torna a redactar bulas que vuelan en dirección a Bohemia pero revientan unas tras otras sobre los pequeños campanarios de Praga.

Y ahora he aquí que el papa llama a la cruzada contra el rey de Nápoles, y he aquí que Jan Hus sube al púlpito, en la pequeña capilla de Belén, y predica la desobediencia; predica el amor, la oración, incluso para los enemigos de Cristo, y clama que al arrepentimiento no se llega ni mediante el dinero de las indulgencias, ni mediante la violencia de las cruzadas, ni mediante el poder de los príncipes. Ya está, lo ha hecho. Las palabras quedan dichas de nuevo: *ni mediante el dinero ni mediante el poder de los príncipes*, esas mismas palabritas que cambian de forma, de tono, pero no de objetivo, y que, cuando retornan al mundo, siempre pugnan contra el dinero, la fuerza y el poder. Esas palabras van a ser poco a poco las nuestras. Van a tardar tiempo, mucho tiempo en labrarse un camino hasta nosotros. Se las sigue oyendo mal en los sermones de Jan Hus, pero tal vez no se las haya oído nunca tan bien.

Y estalla la revuelta. El pueblo se subleva. Praga arde. Los insurgentes son perseguidos. Los estudiantes queman las bulas papales, se descuartiza a los estudiantes a hachazos. Y luego todo se envenena.

Entonces se convoca un concilio. En ese momento, tres papas reivindican el trono de Pedro. El papa de Roma, el papa de Pisa y el papa de Aviñón. Gregorio XII, Juan XXIII, Benedicto XIII. No está mal el número de nombres y cifras que hay que recordar, un tanto complicado. Y en medio de ese embrollo, se inclinan para inspeccionar la carcasa de Hus. Los más conspicuos canonistas se desriñonan sobre el asunto: ¿es Hus un hereje? Echemos una ojeada a su hígado, a su bilis, a su prepucio.

Sí. Lo es. Seguro. Ha dicho que la hostia no se transforma en carne. De inmediato lo llaman a Constanza, y después lo encarcelan y lo juzgan y lo queman. Tocado con una mitra de cartón, lo atan a un poste. Y Jan Hus arde, arde como la leña, como la paja. ¡Arde como el corazón!

Así pues, es a Bohemia, a la Bohemia de Jan Hus —mucho después, pero el recuerdo es vívido y las ideas siguen su camino—, adonde llega Thomas Müntzer, el recalcitrante. Durante veinticinco años, el pueblo rebelde se había alzado frente a los ejércitos europeos coaligados; durante veinticinco años, habían sido husitas, taboritas, fanáticos de toda laya. Dieciocho mil hombres habían perecido en la batalla de Lipany. Durante veinticinco años habían rechazado el Purgatorio, revocado los pecados mortales, repudiado la monarquía en aras del único reino de Dios. Incluso habían reivindicado el fin del Estado y el reparto de todos los bienes. En ese punto estaban.

Y Thomas Müntzer, nada más llegar, redacta su *Manifiesto de Praga*. Y lo escribe en alemán, y lo manda traducir al checo. Müntzer recusa las discusiones entre sabios teólogos, le asquea el esoterismo. Apela a la opinión. Es uno de los rasgos de su grandeza. Las tesis más profundas exigen ser conocidas por todos.

Se expresa de manera impulsiva y desordenada, sigue el hilo ardiente de su deseo. Y tiene un deseo, Thomas Müntzer, y no es el mismo deseo que os hace cardenal y que os hace Thomas Müntzer. Algo terrible anida en él, lo sacude. Está airado. Quiere la piel de los poderosos, quiere cargarse la Iglesia, quiere destripar a esa panda de cerdos, pero puede que todavía no lo sepa; y, por el momento, se asfixia. Quiere acabar con esa pompa y ese lujo asqueroso. El vicio y la riqueza lo abruman, la combinación de ambas cosas lo abruma. Quiere infundir miedo. La diferencia entre Müntzer y Hus estriba en que Müntzer está sediento, tiene un hambre y una sed terribles, y nada puede saciarlo, nada puede apagar su sed; Müntzer devorará los huesos viejos, las ramas, las piedras, los lodos, la leche, la sangre, el fuego. Todo.

El mundo entero

Unos meses después, abandona Praga, y durante un año lleva una vida errabunda. Se conservan varias cartas de aquel periodo, una a Melanchthon, otra a Lutero. Esta permanecerá sin respuesta. En ella Müntzer habla con vigor, invoca una palabra viva, que no provenga de los libros, sino del corazón. Dios habla, se dirige a nosotros a través del follaje y las siluetas del sueño. Pero la vehemencia de Müntzer aterra a los demás teólogos. Carlstadt le objeta que es sumamente difícil reconocer la voluntad del Señor, que Su Reino no es de este mundo. En lo sucesivo Müntzer guardará las distancias. Hacia 1522, nuestro curita está ya solo. Entonces se instala en Allstedt, donde escribe su *Protesta*. En una prosa ofensiva, afirma que la experiencia crucial es el dolor. Solo el dolor permite recibir la palabra de Dios. El dolor es la hoz que arranca el alma, que corta la mala hierba; y Müntzer apela a un Cristo amargo. «¡No ha sido aún del todo devorada por los perros, Jezabel!». Eso escribe. El Cristo amargo es su imagen más abyecta y más conmovedora.

Después la emprende con la razón. ¡Se acabó Erasmo! ¡Se acabó Séneca! Para renacer, es preciso que, antes, a uno lo maten. Müntzer se desborda, exulta. Para él, el espíritu es la Cruz. La vida es la Cruz. La verdad es la Cruz. Detrás del rito quiere encontrar el auténtico sufrimiento, claridad primera. Pues el alma es el Cristo. Sí, la pequeña alma debe, como Cristóbal Colón, atravesar el mundo en busca de Dios, rasgarse las rodillas con las zarzas, flagelarse las mejillas con las ramas, quemarse los pulmones con el viento frío. Thomas Müntzer quiere desprenderse de la engañifa, quiere sentir su pequeña alma muy nítida, muy limpia después de la mancilla y del dolor, y que el cuerpo se embarque a la luz del día.

Le importa un rábano el ritual; bautismo niño o adulto, tanto le da. El único bautismo es espiritual. Es la pequeña alma sobre la que se asperje agua, es ella la que está en el Arca durante el Diluvio, es ella también la que sale de Gomorra al caer la noche.

Y además, en su *Protesta*, Müntzer no escatima: ¡se dirige a los judíos, a los paganos, a los turcos! Desea convencerlos, convertirlos. Litiga con el islam, el judaísmo, el paganismo. Escribe para el mundo entero.

La palabra

Sobre todo, la emprende con el latín. Opone la simplicidad del pueblo al latín, y esa simplicidad no es vulgar, puede transmutarse. El barro es oro. Y mientras Lutero traduce la Biblia al alemán, Müntzer se dirige a los que no saben leer.

Va más allá que Lutero. Su misa en alemán levanta un clamor. La gente acude de los alrededores de Allstedt a escuchar la palabra de Dios, se desplazan multitudes para oír a un sacerdote dirigirse a ellos por vez primera en su lengua. En la iglesia de Allstedt, Dios habla alemán.

Enseguida se alzan enemigos. El conde Ernest von Mansfeld promete pasar a cuchillo a aquellos de sus súbditos que se desplacen a Allstedt para escuchar a Müntzer. Porque los obreros, los artesanos, toda una población ignorante, incluso los burgueses, acuden en masa. Quieren oír la Palabra en alemán, quieren saber por fin lo que se nos contaba desde hacía tanto tiempo en aquella extraña lengua; la gente está harta de repetir *amén* y aquellas cantinelas que no entiende. Y no es insultar a Dios pedirle amablemente que hable en nuestra lengua.

Müntzer dice la misa en alemán. Y cuando el conde Von Mansfeld prohíbe a sus súbditos que vayan a escucharle, cambia de tono; surge otro Müntzer, airado, furibundo, como se dice en las biblias. Asciende un grado más; y si no sopesamos bien el escalón que salva entonces, no podemos comprender el fanatismo, no podemos sino horrorizarnos. Pero si valoramos bien el paso que da y por qué, si apreciamos bien lo que tal intimación puede acarrear en un hombre orgulloso, es decir, en un hombre que se considera igual a los demás, lograremos hacernos una idea de ese endurecimiento, de esa locura vibrante que asalta al corazón y hace firmar de este modo a Müntzer la carta que dirige al conde: *Destructor de los impíos*.

El sermón a los príncipes

Sí, Müntzer airado, furibundo, da un paso más. Escribe al elector Federico, de quien el conde es vasallo; pero se acabó el tono empalagoso, se acabaron las reverencias. Tras evocar que a los príncipes no deben temerlos quienes hacen el bien, Müntzer alza el tono, lo alza ahora un punto más, lo alza ascendiendo a lo alto de la horca de su padre, donde la cuerda está anudada al palo, a lo alto del infortunio y de la injusticia, y desde allí, tras invitar a *Su Alteza* a deplorar el medio de que se valen los príncipes para hacerse temer por los pueblos en vez de hacerse amar, evoca la espada, amenaza: *De no ser así, se les arrebatará la espada y se entregará esta al pueblo airado*.

Ya está, puede que eso se oiga por primera vez: *se les arrebatará la espada y se entregará esta al pueblo airado*. ¡Cómo suena, qué bien sienta!

Al poco tiempo, se le convoca ante el duque Juan, el príncipe heredero, el alguacil, el burgomaestre y el concejo, con el fin de que se hagan una idea más concreta de la doctrina de semejante hombre. Pero en vez de la justificación que esperaban, he aquí que Müntzer se pone a comentar un sueño, y no uno cualquiera, sino el de Nabucodonosor, aquel en que Daniel anuncia al rey el final de su reinado. Cae la cabeza de oro. Se resquebrajan los pies de arcilla. Todos los reinos que suceden al de Babilonia serán destruidos salvo uno. Ese es indestructible, y es el reino de Dios.

A los príncipes no les hace gracia que se evoque ante ellos la destrucción de los reinos. La idea les apesadumbra. El sueño de Nabucodonosor es una profecía que no augura nada bueno.

Y Müntzer no se limita a hacer una exégesis clásica, la temperatura sigue subiendo. Cita a Juan: «Todo árbol que no da buen fruto será cortado y arrojado al fuego». Cita a Lucas: «Traed a mis enemigos y decapitadlos delante de mí». Cita los Salmos: «Dios quebrará los jarrones viejos con vara de hierro». ¡Qué violento es de pronto, cómo le sube la furia por la garganta! Y en esa tremenda diatriba desliza algún insulto chusco, con aterradora seriedad. Pero, sobre todo, en vez del buen pueblo de Dios al que se invocaba desde siempre, ese buen pueblo mudo, digno de lástima y apocado, al que se le concedía su espurreo de agua bendita, Müntzer introduce otro, más invasor,

más tumultuoso, un pueblo de verdad, *los pobres laicos y campesinos*. Lejos estamos del afable pueblo cristiano, esa generalidad de catecismo, aquí hablamos del hombre corriente.

Y ese pueblo apesta, y gruñe, pero también piensa. Imaginen, pues, la ingrata impresión que debe de producir, entre las palabras *facinerosos, espada, ruinas, degolladlos*, este fragmento de frase: *los pobres laicos y campesinos*. A los príncipes no les ha gustado. Y he aquí que, al final de su sermón, las expresiones *ira de Dios, ira de Cristo, ira de la sabiduría divina* se repiten de continuo. Ante esa parroquia de grandes, Müntzer evoca a Absalón perdido, atravesado por los venablos; los nobles ponen mala cara, pero la cosa va a peor: niega que la situación pueda resolverse *de modo amistoso*. Sin duda ha torcido la boca en ese momento, *de modo amistoso*, no, no funcionará, se requiere la prueba de fuego, les dice, contra quienes se escandalizan a la menor palabra. Porque los poderosos no ceden nunca nada, ni el pan ni la libertad. Y en ese preciso momento pronuncia ante ellos su frase más terrible. Ante el duque Juan, ante el príncipe heredero, el alguacil Zeiss, el burgomaestre y el concejo de Allstedt, tras su alusión a lo de la espada, los pobres, Nabucodonosor y la ira de Dios, he aquí que Müntzer dice: *HAY QUE MATAR A LOS SOBERANOS IMPÍOS*.

El verano llama a nuestra puerta

Mund es la boca y Zerstörung, la destrucción. Tanto es así que cada uno es libre de percibir, en Thomas Müntzer, una afinidad prodigiosa entre la palabra y la negación. Por supuesto, puede verse en Müntzer a uno de esos idealistas apasionados de los que la medicina se guasea; se puede plantar en el diván a Rousseau, a Tolstói, a Lenin y tirarles de la lengua. Se puede ver en toda revuelta y en todo ardor un dolor personal que se transmuta; ¿y qué?

De repente, las cabezas dan vueltas y los cuerpos cobran la liviandad de la luz. ¡Entonces puede decirse cualquier cosa! Los pensamientos forman estrías, se imantan. Los que no dejan palabras caen para siempre. Caen en el agujero. Ya no se los oye ni se los ve. Se los ama con remordimientos; sientan bien los remordimientos. La gran igualdad del vacío.

Sí, Müntzer es violento; sí, Müntzer delira. Apela al Reino de Dios aquí y ahora, es mucha impaciencia. Los exasperados son así, brotan un buen día de la cabeza de los pueblos como los fantasmas salen de las paredes.

Pero ¿sobre qué tesoro de distancia y de delegación, sobre qué contorsión del alma se fundamentan los grandes sofismas del poder? Darían para construir una historia graduada, sutil, infinitamente rocambolesca pero vergonzosa, con sus mil dosis de venenos, de mentiras proferidas, fabricadas, admitidas, crudas, repetidas, de prejuicios sinceros, de malas conciencias medio confesadas, secretas, y todas las contorsiones de las que el alma es capaz.

Con todo, entre dos largos periodos de penalidades, se alzan voces. Y cuanto más regular es la penalidad, más convulsas son las voces. Y cuanto más unánime parece la autoridad, más singulares son las voces. Müntzer es una voz. Clama que, a príncipes y servidores, a ricos o a pobres, Dios nos ha modelado con el mismo barro de arroyo, tallado con la misma madera de sándalo.

Müntzer está loco, pongamos por caso. Es sectario. Sí. Mesiánico. Sí. Intolerante. Sí. Amargo. Tal vez. Está solo. En cierto modo. He aquí lo que escribe: «Escucha, he puesto mis palabras en tu boca, te he puesto hoy por encima de los hombres y por encima de los imperios con el fin de que arranques, quiebres, disperses y derribes, de que construyas y plantes». Y también escribe: «¡Que luchen! Es maravillosa la victoria que acarrea la ruina

de los poderosos tiranos impíos». Y también: «¡Queridos hermanos, basta de espera y de titubeos! Ha llegado el momento. El verano llama a nuestras puertas. Romped vuestra amistad con los impíos, ellos impiden que la palabra de Dios obre con toda su fuerza. No halaguéis a vuestros príncipes; si lo hacéis, os condenaréis a la ruina con ellos. Dulces sabios, no me lo tengáis en cuenta, me es imposible hablar de otro modo». Y a nosotros, ¿qué nos resultará imposible?

El levantamiento del hombre corriente

La guerra de los campesinos había comenzado en Suabia, junto al lago Constanza. Luego se propagó hacia el Tirol y hacia el norte. Fue una sucesión de revueltas, pero no solo campesinas, urbanas también, obreras. Müntzer se había dirigido al hombre humilde, intentó por un instante agrupar a la multitud de descontentos. Ordenó al conde Von Mansfeld «humillarse ante los míseros». ¡Algo que el conde no había oído nunca! Müntzer declara que las aves devorarán la carne de los príncipes. Es una cita del Nuevo Testamento.

Firma sus cartas así: *Müntzer, armado con la espada de Gedeón*. Desvaría. Se cree inspirado. Lo está. Inspirado por las hojas verdes, por el estiércol, la viruela, las nubes, por el gran hormiguero de las ciudades, por sus ideas de liberación, por los campos pisoteados, las granjas y las haciendas, por las viñas arrancadas, por la tala, por los tributos, por los apodos injuriosos, por las guadañas, las empalizadas, las estacas, las lanzas, sí, inspirado por el gran rictus del animal enfermo, por la cortina desgarrada, por la ráfaga, el taller, el trabajo rutinario, y por montones de hechos, sí, inspirado por Dios, pero Dios, eso sí, es la cicatriz real, es el comercio de las olas, «un fajo ennegrecido de frustraciones y de sopores».

Al intentar organizar la revuelta en Turingia, en Allstedt, Müntzer se apartó de los demás predicadores. La base se tornó social, virulenta. El sector encopetado de sus simpatizantes comenzó a alarmarse. Hablaba de un mundo sin privilegios, sin propiedad, sin Estado. Azuzaba con vehemencia contra la opresión. Llamaba a Lutero «la carne que lleva una vida regalada en Wittenberg». Decía: «Es preciso que el mundo entero reciba un fuerte golpe». Decía: «Son los propios señores quienes provocan que el hombre pobre sea su enemigo. Si no quieren eliminar las causas de la rebelión, ¿qué arreglo tiene esto a la larga? ¡Ah!, caros señores, ¡cuán hermoso sería ver al Señor golpear los viejos jarrones con vara de hierro! Decir esto me convierte en un rebelde. ¡Vamos allá!». Y allá fue.

El 17 de marzo de 1525, Mühlhausen se sublevó a los pocos días de su llegada. Müntzer no deseaba esa sublevación, que se producía antes de

tiempo. Los hechos son así, ocurren cuando les viene en gana. Müntzer se resignó. Dado que había estallado la revuelta, proclamó: «Sublevad los pueblos y las ciudades, y sobre todo a los compañeros mineros y a otros buenos muchachos, que serán muy útiles. No debemos dormir más tiempo». Alienta a Balthazar, a Barthel Krump, a Valtein y a Bischof a encabezar la insurrección. El corazón debe hacerse más vasto que todos los castillos, más recio que todas las armaduras. Adelante, al hierro candente hay que batirlo de repente. «¡Zas! ¡Zas!», grita. «No es posible, mientras sigan vivos, que os liberéis del miedo a los hombres. En tanto reinen sobre vosotros, no habrá modo de hablaros de Dios. ¡Adelante! ¡Mientras sea de día! ¡Seguid! ¡Seguid a Cristo!».

Entonces Kurt von Tutcheroda se une a él, Heinrich Hacke se une a él, Christoph von Altendorf se une a él. Y escribe carta tras carta, su primera guerra es de escritura. Y sabe escribir, Thomas Müntzer, hay en él algo vivo y funesto, un odio atizado, un sesgo malévolo, también dulzura. Nietzsche se inspirará secretamente en él, en el arranque müntzeriano, en su extravagancia. Pero Müntzer es un hombre de acción, lo que escribe lo arrebata. No desprecia al hombre corriente, no desprecia lo común. Müntzer es el junquillo y el cardo, la ortiga y la savia. Cita a Daniel: «El poder será entregado al pueblo». Nietzsche queda aún muy lejos.

*

Ruge la revuelta. En Hesse, en la Alta Franconia, en Turingia, en el Harz, en Sajonia, por todas partes, la gente se agita, se enfrenta. Mühlhausen y Erfurt son el meollo de esa sublevación popular. Los castillos son arrasados, las murallas destrozadas; por doquier se cuenta que los campesinos se sublevan, que llegarán a Roma. Se cuenta que en los confines de la cristiandad la gente se subleva, ¡incluso los turcos!

Al comienzo, los príncipes no sabían qué hacer, la respiración del mundo parecía acelerarse, era siempre de día, los pájaros comían tierra, los animales dormían de pie. El landgrave de Hesse, Felipe I el Magnánimo, contaba veintiún años; era un joven inteligente, pero egoísta, sin instrucción. Tenía una jeta más bien repulsiva, Felipe, y en el precioso retrato que se conserva de él, de unos diez años después —una pintura que se halla actualmente en un rincón del Museo de Wartburg, bajo un cristal demasiado iluminado—, se le ve con la frente abombada, los ojos saltones, la mueca desagradable y la piel grasa.

Hacia 1504, en el momento en que Felipe vino al mundo, pero muy lejos de allí, en Catay, el bueno de Shen Zhou pintaba naranjas y crisantemos. Los había pintado primero mentalmente, pétalo a pétalo, mondadura a mondadura, gajo a gajo, pepita a pepita. Y aquel día, mientras los pintaba en un largo rollo de tela, se levantó un vientecillo helado. El 13 de noviembre de 1504, su rollo de tinta y de colores ligeros se dobló. Los pájaros echaron a volar en el paisaje, el pescador solitario alzó la cabeza, las castañas cayeron al agua, la barca se despegó un instante de la orilla. Y en las hierbas altas que crecían en torno a las piedras, entre las ramas secas, el cangrejillo del tiempo fue a cosquillear los dedos del pintor. Shen Zhou era viejo; sentado a la vera del río sintió escapar de sí mismo un poco de savia y de aliento; el disco de la luna cayó en el cubo. Hubo unas adiciones de gris y de negro, una hoja se secó. Su formación como pintor había sido lenta y tardía, su muerte sería dulce. Había pintado paisajes, flores, animales, y murió en un bosque de arbolillos. En el mismo instante en que moría, a miles de kilómetros, a Felipe de Hesse, me refiero al niño de cinco años que iba a convertirse en landgrave de Hesse, le recorrió un extraño escalofrío, como de una anterioridad brotada. Una rama rascaba la pared, se movía la noche. Y por más que nos importe un rábano que el pintor chino de las rocallas y de las aves haya guardado o no algún misterioso parentesco de alma con el landgrave de Hesse, las fantasías son no obstante una de las vías de la verdad. La Historia es Filomela, y, al parecer, la violaron y le cortaron la lengua, y silba por las noches en lo más profundo de los bosques.

*

Con respecto al desorden, el landgrave de Hesse no sabía qué pensar: era joven e impetuoso. Daba vueltas por la habitación de Lutero, aquella donde se había alojado el gran hombre, y miraba por la ventanita los tejados de Wartburg. Hacía sol. La campiña verdeaba, y las chimeneas ya no humeaban. La ciudad era bastante grande y hermosa, pero desde lo alto, a saber por qué, aquel día le pareció que planeaba sobre ella una leve bruma, un halo; no habría sabido decir qué era.

Pero había que decidirse, para que a Müntzer no le diera tiempo de organizarse. Desde abril, disponían de un cuerpo de ejército. El príncipe había enviado expediciones por todo su territorio y había sometido a algunos rebeldes. El 3 de mayo, había vencido a los campesinos de Fulda. Pese a todo, dudaba: ¿había que marchar sobre Mühlhausen? ¿Había que desafiar a Müntzer?

En Mühlhausen, Müntzer se afanaba con reformas; pero la revuelta se reducía a una mediocre democracia de artesanos. Sus compañeros de Allstedt se sumaron a él; y comenzó de inmediato a predicar a los tejedores de Mühlhausen, a los mineros de Mansfeld: «Quien quiera combatir contra los turcos no necesita ir muy lejos, ¡están ahí! A los príncipes se les encoge el corazón, porque Dios quiere arrancarlos de raíz». Pero incluso ese tono se queda corto, no inflama a bastante gente, las cosas van lentas. Por eso, cuando Müntzer se entera de que hay una multitud de rebeldes en Frankenhausen, y a la que no cesan de sumarse los campesinos de los alrededores, llama a la ciudad de Sondershausen a sublevarse. «¡Atacad el nido del águila!».

La amenaza se concretó; los príncipes reaccionaron. El landgrave de Hesse cortó todo enlace entre Frankenhausen y otros grupos de campesinos que se hallaban en Franconia. El 12 de marzo de 1525, Müntzer emprendió la marcha. Llevaba con él trescientos hombres, no más, como Gedeón. Creía emular la leyenda. Iba a la guerra como en la Biblia, rezando, exultando, apelando al milagro, en una atmósfera de fin del mundo.

Últimas cartas

A partir de entonces, todo va muy rápido. Müntzer no dispone de caballería ni de artillería. Solo de unas cuantas bombardas. Frente a él: seis columnas de soldados enviadas por los príncipes, bien ordenadas, entrenadas y alimentadas. Llegaron nuevos refuerzos de insurrectos a los que los príncipes cortaron el paso. El duque de Mansfeld aprovechó el momento para iniciar negociaciones. Convenía dar largas al asunto, a fin de desmoralizar al adversario y ganar tiempo. La negociación es una técnica de combate.

Alberto de Mansfeld ostenta el número 7, es el 7.º Alberto de su familia. Ha habido ya seis Albertos. No sé nada de Alberto 5, ni de Alberto 6, pero Alberto 4 era un buen tipo, murió a los cuarenta años desdentado y feliz. De Alberto 3 no puedo decir nada, se ha puesto en duda su existencia, hay quien sostiene que se llamaba Gerardo o Abdel, lo cual es rigurosamente imposible. ¿Y Alberto 2? ¿Y 1? No sé, se pierde uno entre las dinastías de Ascania, de Henneberg y de Mecklemburgo. Pero Alberto 7, por su parte, era un condenado marrullero, sabía que las negociaciones había que alargarlas en la medida de lo posible con el fin de permitir a los poderosos aunar fuerzas. Y que la espera mina la moral de quienes no están familiarizados con la guerra, y los predispone a las concesiones. Sobre todo porque, desde los albores de su vida, se les ha habituado a tanto respeto, tanto miedo, que son proclives a creer un instante más en la palabra de los príncipes. Siempre se tiende a creer en la palabra del padre. Nuestro deseo se ordena según su registro.

Müntzer recela de las negociaciones, barrunta sus trampas. Con el fin de romper el sortilegio en que lo encierran los príncipes, envía una carta al conde de Manderscheid, uno de los consejeros de Alberto; le envía una carta envenenada: «¿No has saboreado en tu estiércol martinista lo que dice Ezequiel en el capítulo 39, 17-20: que Dios ordena a todas las aves del cielo que devoren la carne de los príncipes, y a las bestias que sorban la sangre de los grandes personajes, tal como queda escrito en los capítulos 18 y 19 del Apocalipsis?». Más allá declara, citando a Daniel, que «Dios ha dado el poder a la comunidad», y firma: *Thomas Müntzer, armado con la espada de Gedeón*. Va a por todas. Sin duda intenta herir el orgullo del conde, burlar su estrategia de desgaste, incitándolo al combate. Así lo interpreta Kautsky.

Bloch piensa lo mismo. Engels no opina. Y Dios permanece mudo al respecto.

Müntzer no olvida al conde Ernest, que había decretado la prohibición de la misa alemana. He aquí lo que le escribe en un puñado de cartas: «¿Ves, pobre y mísero saco de gusanos (así comienza la carta), quién te hizo príncipe de ese pueblo al que Dios pagó con su sangre?». La jornada comienza bien, pues siempre resulta provechoso oír la verdad. Más adelante, prosigue: «Si no consientes en humillarte ante los humildes, debes saber que tenemos una orden de ejecución inmediata, estás avisado; el Dios eterno y vivo ha prometido que te arrancaríamos de tu trono con todo el poder que poseemos. Porque eres inútil para la Cristiandad, eres la ruina y el azote de los amigos de Dios, tu nido será hecho trizas y aplastado. Tu respuesta ha de llegar hoy mismo: tenlo bien presente. Sin demora cumpliremos la tarea que Dios nos ha encomendado; por tu parte, obra como corresponde. Estoy en camino». Se enviaron ambas cartas. No obtuvieron respuesta.

Las palabras

Entretanto, las tropas rebeldes se impacientaban. Estaban atrapadas entre los sermones inflamados de Müntzer y la caballería de los príncipes. Entretanto, otros ejércitos se encaminaban hacia Frankenhausen, la situación iba tornándose más amenazadora día tras día.

En esas, llegó Felipe de Hesse con un ejército de ochocientos jinetes y tres mil hombres. Entre las tropas de Müntzer se produjeron de repente defecciones, y se planteó negociar. Cundía el miedo. Y no sin motivo. Se desató una intensa actividad diplomática, astuta y odiosa cortina de humo. Los príncipes exigían que se les entregara a Müntzer y a sus compañeros más afines. Aquí, la historia se enturbia, y tan solo encontramos, bajo la pluma del pseudo-Melanchthon, los discursos estúpidos de un pseudo-Müntzer. ¿Qué dijo en realidad? ¿Qué hicieron en realidad? Cabe adivinarlo. Debió de consumirse durante unos cuantos días, Thomas Müntzer. Debió de desgañitarse con todas sus fuerzas, debió de vociferar su fe y apelar a la miseria, la rabia, la desesperanza y la esperanza. Por lo demás, los discursos atribuidos a los príncipes son falsos manifiestos. Se dice que la verdad tiene varias caras, y que una de ellas sería más espantosa que la mentira, pero que siempre quedaría oculta. Resulta extraño pensar que unos chupatintas de gorro rojo borraran deliberadamente la memoria de aquellos a quienes se perseguía, que consintieran en falsear la escritura.

Sin embargo, la palabra falsa transmitirá entre líneas una chispa de verdad. «¡No son los campesinos quienes se sublevan, sino Dios!», cuentan que dijo Lutero, al principio, en un aterrado grito de admiración. Pero no era Dios. Eran sin duda los campesinos los que se sublevaban. A no ser que llamemos Dios al hambre, la enfermedad, la humillación, la penuria. No se subleva Dios, se sublevan la servidumbre, los feudos, los diezmos, el decreto de manos muertas, el arriendo, la tala, el viático, la recogida de la paja, el derecho de pernada, las narices cortadas, los ojos reventados, los cuerpos quemados, apaleados, atenaceados. Las querellas sobre el más allá nos llevan en realidad a las cosas de este mundo. Tal es todo el efecto que ejercen sobre nosotros esas teologías agresivas. Solo así entendemos su lenguaje. Su impetuosidad es una expresión violenta de la miseria. La plebe se enfurece. ¡A los campesinos el heno! ¡A los obreros el carbón! ¡A los jornaleros el

polvo! ¡A los vagabundos la moneda! ¡Y a nosotros las palabras! Las palabras, que son otra convulsión de las cosas.

La batalla de Frankenhausen

Así, desde los cuatro rincones del Imperio surgieron hordas de menesterosos. Müntzer cantaba, la multitud acudía. El landgrave no daba crédito a lo que veía. Luego aparecieron los obreros de las ciudades, los locos, todo el campesinado se sublevó bruscamente. Cundió un gran terror entre los nobles y los burgueses. Las mujeres abandonaban sus hogares, los niños caminaban campo a través en pos del Espíritu Santo. Las muchachas, los vagabundos, el populacho horrendo, ¡los mismos animales! Se veía toda suerte de gentes, de dos en dos o de tres en tres, solos también, marchando sin equipaje, sin nada. No se sabía lo que querían. Los señores y sus bandas armadas no osaban ya hacer nada; los miraban pasar, alarmados. Comenzaba a propagarse un vago temor. ¿Qué decisión tomar? Jamás se había visto eso. Todo el mundo dejaba tras de sí su casa, su choza, y se sumaba a la multitud errante. ¿Y adónde iba toda aquella gente? Lo ignoraban. Incluso temían dispersarlos. Dormían en los bosques, en la paja, soñando.

Pero una vez pasado el primer momento de estupor, los príncipes reaccionaron; ordenaron reagruparse a sus fuerzas. Eran varios miles de hombres bien armados, aguerridos. Los otros, los desharrapados, se habían congregado en una inmensa llanura, sin orden ni concierto, y allí seguían, sin que nadie supiera muy bien qué rumbo tomarían las cosas.

Primero se oyó un grito. Algunos jinetes irrumpieron en las filas de la multitud desordenada; luego sus caballos se detuvieron entre las dos facciones. Llovía un poco. Buscaron refugio bajo unos grandes árboles secos. Los soldados sudaban bajo su caparazón de hierro. Desde lejos, veían agitarse unas siluetas entre los campesinos.

De súbito, se oyó un rumor en el ala izquierda, no gran cosa, pero una sacudida se propagó de animal en animal, de jinete en jinete, como un soplo de viento en la paja. Un caballo había debido de empujar a otro y unos hombres yacían ahora en el suelo. El conde Alberto señaló que aguardasen. Las filas se ahuecaron. Se oyó entrechocar las armas. Todo el mundo estaba listo. A lo lejos, la tropa de vagabundos no parecía disponerse al asalto; reinaba tal desorden que al parecer no había ni plan ni jefe. Los campesinos

dudaban si rendirse. Sus artilleros no alcanzaban siquiera a cargar sus bombardas. Era el caos. Cuando, de pronto, surgió el arco iris. La gran colina pelada se irisó. El cielo se tornó muy azul. Müntzer vio en eso la señal que aguardaba. Habló. La gente le escuchó. Como tantos otros antes que él, invocó una señal; veía en ello la mano de Dios; era el momento decisivo, iban a atravesar el Jordán.

Entonces comenzaron a rezar, pero no de rodillas, de pie. Debía de resultar extraño ver a aquellos miles de hombres harapientos y armados mirando al cielo. Luego, mientras esperaban la respuesta de una última embajada, la artillería de los príncipes abrió fuego.

Reinó un desorden indescriptible. Los cuerpos cayeron, heridos. Hubo gritos, humaredas, algunos huían. Se reanudaron los disparos. Los campesinos corrían despavoridos, abatidos por las balas. En el bando de los príncipes, los infantes se habían deslizado tras los arcabuces y esperaban órdenes. También los jinetes esperaban. Müntzer exhortaba a los hombres, bramaba su confianza en Dios, les tiraba de la manga, ¡ah!, no sé lo que hacía, sin duda vertía lágrimas; se crispaba. Los caídos gemían en la hierba, llamando, suplicando. Los grandes árboles alzaban los brazos impotentes. El cielo era ahora de un azul inmenso, horrible. En ese momento se oyó otro grito, más bien un alarido, un clamor. Eran la infantería y los jinetes, que cargaban. Los campesinos de la primera fila, que habían aguantado firme, fueron barridos.

Enfrente, algunos jinetes caían derribados a golpes de guadaña. Se arrojaban entonces sobre ellos, les arrancaban pedazos de armadura y los abandonaban, pisoteados, bajo los vientres de sus caballos. Pero el grueso de la tropa se abrió paso. En dos o tres puntos, resistieron. Los campesinos formaban pequeños grupos compactos, hostigando los caballos, aferrándose brutalmente a un brazalete, a una polaina, a lo que fuera, tirando en todas direcciones hasta que el hombre caía y acababan con él.

Así y todo, el armamento procuraba tal superioridad a la caballería que muy pronto toda resistencia cedió. Felipe de Hesse escribirá más adelante: «Con los nuestros, precipitamos entonces el movimiento y masacramos a cuantos caían en nuestras manos. Hicimos una expeditiva irrupción en la ciudad, la conquistamos y matamos a cuantos hombres se hallaban allí; saqueamos la ciudad y, de tal suerte, *con la ayuda de Dios*, alcanzamos en dicho día la victoria y el triunfo, del que debemos con razón dar gracias al Todopoderoso con la esperanza de haber cumplido y ejecutado una buena obra». Hubo cuatro mil muertos.

Müntzer decapitado

La gente quiere historias, aclaran las cosas, dicen; y cuanto más auténtica es la historia, más gusta. Pero las historias verídicas nadie sabe contarlas. Sin embargo, estamos hechos de historias, nos han criado junto a ellas desde la infancia: «¡Escuchad! ¡Leed! ¡Mirad!», hágase nuestra verdad, que nos toque en lo más vivo, que nos envíe lo más lejos posible mediante imágenes y palabras.

Sobre el final de Thomas Müntzer existe una leyenda que habla de cobardía y sus numerosas variantes. Según eso, Müntzer huyó y se ocultó y dieron con él y lo entregaron al conde de Mansfeld y fue encerrado en un calabozo y torturado y renegó e imploró el perdón de los príncipes y dictó una carta de contrición a los habitantes de Mühlhausen. No me creo nada. En esas leyendas infames, la cerviz de los renegados solo se doblega en el momento en que se les retira la palabra. Esas leyendas solo pretenden que resuene en nosotros la voz que nos atormenta, la voz del orden, a la que en el fondo nos hallamos tan ligados que cedemos a sus misterios y le entregamos nuestras vidas.

Müntzer estaba casado; de su mujer apenas sabemos nada. Sabemos que había sido monja y que abrazó su causa y que, después del desastre, de los grilletes y de los ojos reventados, salvó la vida. Se cuenta también que por entonces estaba encinta y que fue golpeada y ultrajada. Tan solo se conserva de ella una carta, una petición: «Suplico humildemente a Su Gracia Principesca que tenga a bien considerar mi gran miseria y pobreza. He oído decir que Su Gracia Principesca tiene el buen designio de que retorne al convento. Tal es el favor que suplico me conceda». Ernst Bloch escribe que esa carta está repleta de incoherencias, a mí me parece desgarradora.

Se cuenta también que Müntzer tenía hijos. Con el fin de evitar las persecuciones, tuvieron que cambiarse el apellido y adoptar el de Münzel, que significa «moneda pequeña», «limosna».

*

Y ahí tenemos ahora a Thomas Müntzer, en el mismo lugar que su padre. Debió de ser tremendo verse al final ahí, encadenado, en medio de la muchedumbre. No sé lo que pensó. Rechazo la duda, la traición, la retractación. Tanto da. Por saber tan mal odiar, por haber ido a buscar tan lejos las razones de su existencia y por haber transmutado su odio en una fe amarga, por haber sentido tan firmemente la fuerza del signo =, y que solo por la fuerza se consigue el pan o la libertad, se encontraba allí.

No iré más lejos en sus pensamientos; se los dejo a él. Helo aquí ante nosotros, en el estrado, a mil leguas del goce avaricioso. ¡Lo veo, sí, a Thomas Müntzer! Y ya no es el pequeño Thomas de hace poco, ya no es el pilluelo del Harz, el hijo del muerto, no, ni siquiera es ya un objeto de estudio, es un hombre cualquiera, una vida inaprensible cualquiera.

Va a morir ahora. Va a morir. Tiene treinta y cinco años. Su ira lo ha llevado allí. Hasta allí. Le han retorcido el cuerpo: los brazos, las piernas, sangra. Está exhausto.

Entonces se levanta el hacha. Hay rostros, cientos, a su alrededor. Miran, espantados, nada seguros de haber entendido bien. Los mendigos, los curtidores, los segadores, los pobres diablos miran, ¡miran! ¿Y qué ven? Ven al hombrecillo bajo la pesada carga. Ven a un hombre como ellos, cuerpo inmovilizado. Qué pequeño es un hombre, es frágil y violento, inconstante y severo, enérgico y lleno de angustia. Una mirada. Un rostro. Una piel. De repente cae el hacha y troncha el cuello. ¡Oh!, qué pesada es una cabeza, dos o tres kilos de huesos y de puré. ¡Y cómo salpica la sangre! Empalarán su cabeza. Arrastrarán su cuerpo por el estrado y lo arrojarán a los perros. La juventud nunca se acaba, el secreto de nuestra igualdad es inmortal, y la soledad, fabulosa. El martirio es una trampa para los oprimidos, solo es deseable la victoria. Yo la contaré.